

# La Fundación Joan Brossa negocia trasladar su sede al Palau Desvalls

El edificio, situado en el parque del Laberinto de Horta, se encuentra en estado ruinoso, por lo que necesita una importante inversión

ISRAEL PUNZANO, **Barcelona**  
El distrito barcelonés de Horta-Guinardó ha ofrecido a la Fundación Joan Brossa el Palau Desvalls, ubicado en la entrada del parque del Laberinto, para que instale allí su sede. Se cumpliría así una vieja aspiración de esta entidad, que desde su constitución en 1999 ha pedido a las administraciones la cesión de un espacio público para desarrollar sus actividades.

En la actualidad, la fundación ocupa dos locales de alquiler: uno sito en la calle de Roger de Llúria —destinado a las oficinas y al archivo— y el otro en la de Provença —reconvertido en sala de exposiciones para exhibir parte del fondo brossiano.

La vicepresidenta de la fundación, Mercè Centellas, explica que la propuesta está todavía muy verde porque en el camino de la negociación se vislumbran varios inconvenientes. El más grave de todos es el estado ruinoso en el que se encuentra el Palau Desvalls, una finca del siglo XVIII reivindicada históricamente por los vecinos de Horta para dar al edificio un uso social y abierto a todos.

Además, la rehabilitación del palacio sería muy cara y la fundación no puede hacerse cargo de la obra, todo lo contrario. Centellas asegura que “la situación económica de la fundación es muy delicada” y

que el futuro de la misma es incierto. “El alquiler y el mantenimiento diario de los dos locales es muy caro. Tenemos muchas dificultades para tirar adelante. Sólo recibimos subvenciones para las actividades. Los derechos de autor de Brossa dan poco dinero”, lamenta.

Para solventar estos aprietos financieros, la fundación ha empezado a buscar el patrocinio de empresas privadas, pero esta iniciativa ha empezado

**La entidad dispone ahora de dos locales que son de alquiler**

**Las subvenciones públicas se destinan sólo a actividades**

**El Palau Desvalls se construyó a finales del siglo XVIII**

este año y todavía es pronto para recoger los frutos. En 2005, la Generalitat concedió al centro brossiano una subvención de 43.000 euros destinada a infraestructuras, que les permitió habilitar el local de la ca-



Aspecto de la entrada principal del Palau Desvalls, en el parque del Laberinto. / CARMEN SECANELLA

lle de Provença. El resto de ayudas recibidas de varias administraciones se ciñen a desarrollar el programa de actividades. Así, la misma Generalitat ha aportado este año a la funda-

ción, para este fin, 50.000 euros.

Fuentes del Departamento de Cultura apuntan que las ayudas para infraestructuras se dan para desajustes concretos,

como por ejemplo el mal funcionamiento de unas duchas en un centro de danza.

Centellas se manifiesta feliz por la propuesta, pero subraya que en ningún caso la fundación puede correr con los gastos de rehabilitación y mantenimiento del edificio, que apenas tiene adecentadas un par de dependencias: el salón que se usó de escenario en el rodaje de la película *El perfume* y la parte que utilizan los operarios de Parques y Jardines. Lo demás está tan maltrecho que una cerca impide el paso de los curiosos para evitar accidentes.

No obstante, la vinculación de Brossa con Horta —tanto biográfica como artística— convierte el Palau Desvalls en un destino ideal para la fundación que lleva su nombre. El lugar rezuma historia de costumbrismo local.

La finca, destinada al recreo campestre y acabada en un estilo de aires neoárabes, la hizo construir a finales del siglo XVIII Joan Antoni Desvalls i d'Ardena, un noble ilustrado y autor de varios trabajos científicos. La iniciativa del marqués, que también encargó el diseño de los jardines, creció con el impulso de sus descendientes, que incrementaron el patrimonio artístico del lugar.

Cada día que pasa se nos hace más evidente la figura de Brossa como padre espiritual de tantos otros artistas catalanes (siendo los otros Miró y Tàpies), un estatus que él, como rebelde y antijerárquico que era, llevaba con total naturalidad y una generosidad sin límites. El radio de influencia se inicia en el propio Tàpies, ya que una profunda amistad los unió hasta poco antes de morir Brossa: el poeta, mayor que el pintor, no sólo puso títulos a muchos de sus cuadros, sino que también fue él quien indujo a Tàpies a irse despojando de elementos literarios en las obras del periodo *mágico*. “Quita estos signos y haz una pared”, le dijo un día, según me contó el propio Brossa. Aunque el tono de ambos artistas es muy distinto (dramático en Tàpies, festivo en Brossa), existen muchas confluencias: básicamente su amor y manipulación de los objetos; es decir, la poética de lo cotidiano.

Como vecina que fui de Joan Brossa durante siete años en la calle de Génova 23-27, entre 1972 y 1979, asistí a su interés y desinteresada tutela por la obra de artistas más jóvenes. En su casa (en realidad, la de Pepa Llopis, su compañera) conocí a Perejaume, entonces un joven de Sant Pol de Mar, cuya obra plástica (y también literaria) no se entiende sin Brossa: como él, es conceptual y postsurrealista. Y de la misma forma que Brossa está fascinado por la plástica del alfabeto y por el sonido de la propias palabras, Perejaume también *aislará* los elementos de la práctica de la pintura y de su

## La estela brossiana

VICTORIA COMBALÍA



Joan Brossa en 1991. / MARCEL·LÍ SÀENZ

presentación *canónica*: pigmento, tela, marco, cartela... “Brossa siempre ayudaba a potenciar la imaginación y, lo que más me gustaba de él, aparte de su radicalidad, era el tipo de asociaciones que hacía”, me cuenta Perejaume, quien añade: “Era entusiasta como un adolescente, algo imprescindible hoy en día, y algo que los jóvenes no acaban de entender hoy”.

Otro *tocado* por el impacto brossiano es el músico Carles Santos, quien en 1966 colaboró como pianista en la *Suite bufa* de Joan Brossa y Mestres Quadreny, y que en 1968 compuso la parte musical del famoso *Concert irregular* de Brossa,

acompañado por la cantante Anna Ricci, quien en un momento dado cogía un rifle y parecía querer disparar al público (la obra fue estrenada en la Fundación Maeght de St. Paul de Vence). En 1979 realizó su filme *La Re Mi La*, en donde, como un nuevo Frégoli (personaje idolatrado por Brossa), se disfrazaba, entre otras cosas, de walkiria, guardia civil, camarera y sevillana.

En 1972 y 1973 también asistí a las visitas *devocionales*

de un grupo de poetas y artistas plásticos que, a falta de nombre, es llamado hoy El Grup de Major de Gràcia”: Carles Camps i Mundó, Xavier Fran-

quesa, Carles Hac Mor, Jordi Pablo, Santi Pau, Salvador Saura y Francesc Torres, quienes editaron el libro *Pluja* en una preciosa colección de libros de artista (el de Brossa son páginas en blanco que parecen arrugadas por el agua de lluvia). Jordi Pablo, autor entre 1968 y 1975 de unos magníficos objetos, vio obras de Brossa tanto como Brossa vio sus creaciones; las de Pablo estaban más unidas al concepto de morfología, variación y deformación de los enseres cotidianos que a una poética neosurrealista.

Pero muchos otros lo visitaban: Frederic Amat hizo con Brossa el *Llibre de la pluja* (1979), con un texto del poeta que está entre los mejores entre los textos de presentación a un pintor (las serpentinatas, el confetti y pierrot son algunos temas brossianos presentes en su pintura). Y antes o después pasaron Beni Rosell y Miralda y todos los conceptuales para quienes Brossa fue un faro intelectual como Miró lo había sido para Dau al Set. La radicalidad del poeta frente al franquismo, frente a la moral burguesa, frente al mundo artístico oficial, lo convertían en un referente y en un aliado. Hoy en día, la onda brossiana sigue viva en la poesía visual y en artistas jóvenes como, por poner tan sólo un ejemplo, Jaume Pitarch.

Brossa, cuyo legado es custodiado y mostrado por una fundación que llevan sus herederos, se merecería una mayor proyección con vistas a un muy merecido reconocimiento internacional.